

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, LEANDRO (1760-1828)

SONETOS

I

A D. Juan Bautista Conti

Febo desde la tierna infancia mía
quiso que el plectro de marfil pulsara,
y en las alturas de Helicón gozara
sus verdes bosques y su fuente fría.

Más dudosa la mente desconfía,
Conti, aspirar al premio que prepara
a solo el que mostró, con unión rara,
talento y arte en docta poesía.

Pero si tú, mi amigo generoso,
la cumbre me señalas eminente,
y el paso incierto dirigir no excusas:

Imitando tu verso numeroso,
veré de lauros coronar mi frente;
suspense al canto el coro de las Musas.

II

A Flérida poetisa

Basta Cupido ya, que a la divina
Ninfa del Turia reverente adoro:
ni espero libertad, ni alivio imploro,
y cedo alegre al astro que me inclina.

¿Qué nuevas armas tu rigor destina
contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
la cítara pulsar griega y latina.

Ya, coronada del laurel febeo,
en altos versos llenos de dulzura,

oigo su voz, su número elegante.

Para tanto poder débil trofeo
adquieres tú; si sola su hermosura
bastó a rendir mi corazón amante.

III

A la Capilla del Pilar de Zaragoza

Estos que levantó de mármol duro,
sacros altares, la ciudad famosa,
a quien del Ebro la corriente undosa
baña los campos y el soberbio muro,

Serán asombro en el girar futuro

de los siglos: basílica dichosa
donde el Señor en majestad reposa,
y el culto admite reverente y puro.

Don que la fe dictó, y erige eterno
religiosa nación, a la divina
Madre, que adora en simulacro santo.

Por él, vencido el odio del Averno,
gloria inmortal el cielo la destina:
que tan alta piedad merece tanto.

IV

Las musas

Sabia Polimnia en razonar sonoro,
verdades dicta, disipando errores
mide Urania los cercos superiores
de los planetas y el luciente coro.

Une en la historia al interés decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores
mudanzas de la suerte y sus rigores,
Melpómene feroz, bañada en lloro.

Caliope victorias: danzas guía

Terpsícore gentil. Erato en rosas
cubre las flechas del Amor y el arco.

Pinta vicios ridículos Tala,
en fábulas que anima, deleitosas;
y ésta le inspira al español Inarco.

V

Junio Bruto

Suena confuso y mísero lamento
por la ciudad: corre la plebe al foro,
y entre las haces que le dan decoro
ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
de Marte llama la atención sonoro
arde el incienso en los altares de oro,
y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra: en ese instante
al uno y otro joven infelice
hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
ocupa. Bruto se levanta y dice:
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.»

VI

Rodrigo

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
de la sangrienta, militar porfía:
el campo godo destrozado ardía
con llama, que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
por ignorada senda se desvía,
y muerto Orelia, entre la sombra fría,
herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso

el paso estorba al príncipe, a quien ciega
de cadena o suplicio el justo espanto.

Surca las aguas. Cede al poderoso
ímpetu, espira el infeliz; y entrega
el cuerpo al fondo, a la corriente el manto.

VII

Cuentas de Eliodora, saltatriz

Siete duros al mes de peluquero:
para calzarme nueve: las criadas,
que necesito dos, no están pagadas,
si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros al bribón de mi casero:
telas, plumas, caireles, arracadas,
blondas, medias; hechuras y puntadas
de madama Burllet, y del platero,

noventa duros, poco más. -Noventa,
diez, siete, nueve, cinco... ¿Y la comida?
-Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

-¿Y esto en un mes?-Si a usted no le contenta...
-Sí, calla. -Bien. ¡Hermosa de mi vida!...
¡Ay! del que tiene amor en el teatro!

VIII

La noche de Montiel

¿Adónde adónde está, dice el Infante,
ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle, desnuda la cuchilla,
y se presenta a su rival delante.

Cierra con él, y en lucha vacilante
le postra, y pone al pecho la rodilla
Beltrán aunque sus glorias amancilla
trueca a los hados el temido instante.

Herido el rey por la fraterna mano,

joven espira con horrenda muerte,
y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
la inocente virtud; si da la suerte
por un delito atroz, una corona.

IX

A Clori histrionisa, en coche Simón

Ésa que veis llegar máquina lenta,
de fatigados brutos arrastrada,
que en vano de rigor la diestra armada
vinoso auriga acelerar intenta:

No menos va dichosa y opulenta,
que la de cisnes cándidos tirada
concha de Venus, cuando en la morada
celeste al padre ufana se presenta.

Clori es esta: mirad las poderosas
luces, el seno de alabastro, el breve
labio que aromas del oriente espira.

Flores al viento esparcen las hermosas
gracias, y el virgen coro de las nueve
y entorno de ella Amor vuela, y suspira.

X

A Clori, declamando en fábula trágica

¿Qué acecho de dolor el alma vino
a herir? ¿Qué funeral adorno es éste?
¿Qué hay en el orbe que a tus luces cueste
el llanto que las turba cristalino?

¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
así ofender su espíritu celeste?...
¿O es todo engaño?, y quiere Amor que preste
a su labio y su acción poder divino.

Quiere que exenta del pesar que inspira,

silencio imponga al vulgo clamoroso,
y dócil a su voz se angustie y llore.

Que el tierno amante que la atiende y mira,
entre el aplauso y el temor dudoso,
tan alta perfección absorto adore.

XI

Para el retrato de Felipe Blanco
Primer Gracioso del teatro de Barcelona

¿Me veis que serio estoy? Pues no os espante
la adusta gravedad de mi persona,
que adentro tengo el alma juguetona:
diverso de mi genio es mi semblante.

Prosa o verso me dicten elegante
los que suben al cerro de Helicon,
mis gracias aseguran su corona
cuando animo la sátira picante.

Los que quieren gemir y dar suspiros,
y sus lágrimas compran con dinero,
lloren, oyendo heroicidades tristes;

Mas si queréis vosotros divertirlos,
venid a mí: que el amargor severo
de la verdad os disimulo en chistes.

XII

A la memoria de D. Juan Meléndez Valdés

Ninfas, la lira es ésta que algún día
pulsó Batilo en la ribera umbrosa
del Tormes, cuya voz armoniosa
el curso de las ondas detenía.

Quede pendiente en esta selva fría,
del lauro mismo que la cipria diosa
mil veces desnudó, cuando amorosa
la docta frente a su cantor ceñía.

Intacta y muda entre la pompa verde,
solo en sus fibras resonando el viento
el claro nombre de su dueño acuerde.

Ya que la patria, en el común lamento,
feroz ignora la opinión que pierde,
negando a sus cenizas monumento.

XIII

La despedida

Nací de honesta madre: diome el cielo
fácil ingenio en gracias afluyente:
dirigir supo el animo inocente
a la virtud, el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
pude adquirir coronas a mi frente
la corva escena resonó en frecuente
aplauzo, alzando de mi nombre el vuelo.

Dócil, veraz: de muchos ofendido,
de ninguno ofensor, las Musas bellas
mi pasión fueron, el honor mi guía.

Pero si así las leyes atropellas,
si para ti los méritos han sido
culpas; adiós, ingrata patria mía.

XIV

A la exposición de los productos de industria y artes, hecha en el Palacio del Louvre, en el año de 1819

Hoy que cerrado el templo de Belona,
abre el suyo benéfica Minerva,
y a sublimes artífices reserva
de esplendor inmortal áurea corona:

Méritos más ilustres ambiciona
Galia, en el ocio de la paz que observa,
que cuando para hacer a Europa sierva,
al ímpetu de Marte se abandona.

Con tales artes, opulenta, fuerte,
y docta, su poder verá temido
en este y el antártico hemisferio.

Mientras su claro príncipe convierte
las leyes santas, pues su don han sido,
a la estabilidad de tanto imperio.

XV

A la muerte del excelente actor Isidoro Maiquez

Tú solo el arte adivinar supiste
que los afectos acalora y calma:
tú la virtud robustecer del alma,
que al oro, al hierro, a la opresión resiste.

Inimitable actor, que mereciste
entre los tuyos la primera palma,
y amigo, alumno, y émulo de Talma,
la admiración del mundo dividiste.

¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
la escena, que te pierde, y abandonas?

Así dijo Melpóneme, y vertiendo
lágrimas, en la tumba de Isidoro
cetros depone y púrpura y coronas.

XVI

*Copia de un célebre cuadro de M. Guerin, que se conserva en París, en la galería de
Luxembourg*

Insta Dido otra vez, Ana presente,
al huésped frigio que en silencio adora,
a que la fuga de Sinón traidora,
y el incendio de Pérgamo la cuenta.

Él, otra vez, de la enemiga gente
el falso voto y los ardides llora,
la cólera de Aquiles vengadora,

Héctor sin vida, y Hécuba doliente.

Pinta el horror de aquella última y triste
noche, y en la sidonia, alta princesa,
admiración, temor, piedad excita.

Y en tanto Amor, que a su regazo asiste,
de el dedo ebúrneo que anhelante besa,
el anillo nupcial sagaz la quita.

XVII

A D. Luis de Silva, Moziño de Albuquerque,
Autor de las Geórgicas portuguesas

Canto el de Mantua con sonoro acento
la cultura del campo y los pastores:
después empresas celebró mayores,
y a Roma alzó durable monumento.

Tú así, que en el bucólico instrumento
ensayaste del arte los primores;
desdeñando las selvas y las flores,
épica trompa harás sonar al viento.

Sí, que en los fuertes lusitanos dura
el mismo aliento que les dio victoria
en los opuestos límites del mundo.

Y si al valor y a la virtud procura,
Silva, tu verso, inextinguible gloria;
de tu patria serás Marón segundo.

XVIII

A Doña L. G. C.

Premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la botánica

Esa guirnalda que enlazó a tu frente,
premio de docto afán, la linda Flora;
de aplauso no mortal merecedora
te anuncia, a la futura hispana gente.

Lauros le den al adalid valiente,
que al golpe de su espada vengadora
triunfa; y su esfuerzo y sus hazañas llora
la humanidad, si el lloro se consiente.

En tanto que a merced de la fortuna,
cercados de amenazas y temores,
los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede a ninguna:
preciala en mucho, y tus humildes flores
al suelo patrio añadirán decoro.

XIX

A la Señora M. D., bailarina del Teatro de Burdeos

Haciendo la figura d Cupido, en el baile intitulado: Amor en la Aldea

No es el Amor esa deidad hermosa
que veis, como los céfiros, alada,
con puntas de oro y dócil arco armada,
y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,
o el aire hiende, la prisión burlada;
dulces afectos inspirar la agrada:
triunfa, y castiga o premia generosa.

Esa es la Ninfa, por quien hoy ufano
Garona, ilustra su feliz ribera,
de pámpanos ornándose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,
que el mundo turba y la celeste esfera,
no es el Amor; que no es Amor tan bello.